

CHILE

96



**ANALISIS Y
OPINIONES**

Nueva Serie Flacso

Índice

PRESENTACIÓN	5
---------------------	---

INTRODUCCIÓN

Chile: una transición prolongada que busca la modernización y la equidad <i>Francisco Rojas Aravena</i>	7
---	---

POLÍTICA

La tranquilidad de un gobierno que descansa en la economía <i>Rodrigo Baño Ahumada</i>	19
--	----

Una mirada a 1996, una reflexión sobre 1997 <i>Enrique Correa</i>	29
---	----

Los desafíos de la profundización democrática <i>Manuel Antonio Garretón M.</i>	33
---	----

El Chile actual y su secreto <i>Tomás Moulian</i>	41
---	----

COMUNICACIONES

Comunicación masiva, opinión pública y política <i>José Joaquín Brunner</i>	47
---	----

Qué vieron los chilenos en la agenda televisiva del año 1996 <i>Giselle Munizaga</i>	57
--	----

GÉNERO

Corriendo y describiendo tupidos velos <i>Teresa Valdés y Marisa Weinstein</i>	67
--	----

Acuerdos comerciales, empleo e igualdad de oportunidades. ¿Qué le conviene a Chile? <i>Alicia Frohmann</i>	79
--	----

MODERNIZACIÓN DEL ESTADO

Sobre la modernización de la gestión pública en Chile hoy
Jorge Chateau 91

El proceso de descentralización: una mirada sociopolítica
Eduardo Morales M. 99

RELACIONES EXTERIORES

Política exterior: ya nos reinsertamos... ¿y ahora qué?
Gabriel Gaspar y Paz Verónica Milet 107

POLÍTICAS SOCIALES

Las políticas sociales en Chile
Clarisa Hardy 119

Nuevas formas de integración y conflicto en el campo chileno
Sergio Gómez 137

Educación: sinopsis de las iniciativas gubernamentales 1990-1996
Cristián Cox 151

RELACIONES CIVILES-MILITARES

Militares en Chile: ni completa autonomía ni total subordinación
Claudio Fuentes 165

La tranquilidad de un gobierno que descansa en la economía

Rodrigo Baño Ahumada

Profesor-Investigador, FLACSO-Chile

Pese a la espectacular fuga de la "cárcel de alta seguridad", el año político ha sido tranquilo y normal. Incluso se puede señalar que aún tan impresionante acontecimiento, que generó en lo inmediato una serie de recriminaciones recíprocas entre gobierno y oposición, no tendrá repercusiones mayores, a menos que antecedentes desconocidos le den otro cariz al asunto.

El año 1996 pareciera especialmente apto para darle la razón a quienes piensan que la imagen del Gobierno está muy ligada al funcionamiento de la economía. En efecto, nuevamente ha sido un buen año para todos los índices de la macroeconomía y nuevamente todas las encuestas señalan un amplio apoyo al Gobierno y a su presidente, lo que se ve corroborado con resultados electorales que no sólo niegan "desgaste del poder", sino que muestran un aumento de respaldo para la Concertación de Partidos por la Democracia. Se llega así a la mitad del período presidencial de Frei sin más preocupaciones que dirimir quién será el próximo gobernante que establecerá la misma coalición partidaria. El problema de la relación con las fuerzas armadas, que ha estado presente desde el cambio de régimen, durante el año que concluye no ha tenido expresiones relevantes, aunque, como se señala en el artículo específico, dicha relación no parece totalmente definida.

Este cuadro general resulta ampliamente compartido por quienes analizan la situación chilena, pero encubre elementos que son muy importantes para la comprensión de las nuevas condiciones que se van produciendo y para la evaluación del proceso político.

Al amparo de ese respaldo que otorga la economía, el Gobierno ha continuado insistiendo en el tema de la "modernización" que, en cuanto a la política, se traduce en un reforzamiento del presidencialismo y de la tecnocracia. Tal visión es concordante con lo que muchos consideran "la gran transformación" de los últimos tiempos, que da cuenta de diferentes versiones de fin de la historia y que establecen la validez de un único modelo económico social, transformando el problema político en un problema de administración. El presidencialismo, como personalización del poder, reemplaza la adhesión ideológica y programática por las cualidades personales del mandatario en quién se confía, mientras que el predominio tecnocrático aparece como garantía de adecuación racional de medios para fines que ya están dados.

Naturalmente que tal generalización esquemática y abstracta no sólo es una inadecuada explicación de los hechos, sino que, además, es una exagerada caricatura de ciertas interpretaciones ideológicas. No obstante, también es innegable que se trata de una tendencia dentro del accionar del Gobierno que ha tenido claras expresiones durante el año que se analiza.

No se trata tampoco de algo inesperado. Frei es un hombre de mucho menor trayectoria política que empresarial, diferenciándose en esto claramente de Aylwin. Su "estilo" de golpes de timón y decisiones inconsultas ha seguido provocando problemas a los partidos de la Concertación, que muchas veces son sorprendidos por las iniciativas o resoluciones que adopta. El consabido recurso a recordar el carácter "presidencial" del régimen de Gobierno, cada vez aparece más como la declaración de una relación unilateral con los partidos a los cuales se les exige incondicional apoyo a las decisiones presidenciales.

Este "estilo" resulta especialmente claro para los cambios producidos en los Ministerios. Es así como en el cambio de Gabinete de octubre ni siquiera los propios involucrados tuvieron conocimiento anticipado de que serían removidos. Lo mismo ha ocurrido con importantes proyectos de ley en los que la ingerencia de los partidos de la Concertación suele ser mínima, aunque son ellos los encargados de aprobarlos en el Parlamento. Recientemente ese mismo "estilo" se expresó en la convocatoria al Consejo de Seguridad Nacional, por la fuga espectacular de la "cárcel de alta seguridad", sin siquiera informar previamente a los partidos de la Concertación.

Por otra parte, el predominio tecnocrático tiende a acentuarse a través de esos mismos cambios en el Gabinete y otras designaciones presidenciales. No es extraño que en la prensa ya se empiece a señalar la creciente importancia que adquieren los denominados "Frei-boy's", en obvia referencia a los "Chicago boy's", que fue la tecnocracia de implementación del modelo económico neoliberal en el Gobierno del general Pinochet. Se trata, en general, de ingenieros con postgrados en Estados Unidos que aparecen como una modernizadora generación de reemplazo, jóvenes ejecutivos de la administración del Estado.

Aunque los viejos cuadros políticos presentan alguna resistencia, como pareciera demostrar la poca duración de uno de estos jóvenes en el Gabinete, el predominio tecnocrático tiende a acentuarse, contando, además, con el firme respaldo de la intelectualidad, que otorga a tal tendencia el peso valorativo de la modernización.

La debilidad de esta tecnocracia se aprecia precisamente en las deficiencias que presenta el Gobierno en el manejo político, lo cual está detrás de los sucesivos cambios que se han ido produciendo en el equipo de Gobierno. Paradojalmente, Frei parece entender que las deficiencias en el manejo político no se produce por falta, sino por exceso de política, lo que le impulsa hacia la tecnocracia.

Pero esta tecnocracia, que es económica, no se caracteriza precisamente por su habilidad política. Afortunadamente para el Gobierno, la bonanza económica y la desarticulación de la oposición, permiten soslayar los errores de manejo político.

Quizás las debilidades políticas más visibles puedan apreciarse en el procesamiento de conflictos sociales. Precisamente en los ministerios de Salud y Educación, donde se preveían conflictos más fuertes, Frei colocó economistas para encauzar una solución técnica. En ambos casos fracasaron las negociaciones y se produjeron las más grandes movilizaciones sociales contra el Gobierno, debiendo terminar éste cediendo a buena parte de sus demandas. En el reemplazo del último Gabinete sus puestos son cubiertos por nuevos tecnócratas más jóvenes. Para ahondar más aún, con este cambio se rompe el denominado "círculo de hierro" de ministros políticos que rodeaban a Frei, siendo reemplazado un político por un economista en el ministerio político clave de la Secretaría General de la Presidencia. Recuérdese al efecto que el nuevo ministro político, Villarzú, fue, al comenzar el período Frei, el primer candidato a Ministro de Hacienda. A su vez, el nuevo Ministro de Educación era candidato al Banco Central.

Pero no sólo ha existido un manejo deficiente de conflictos sociales. A esto hay que sumar los reiterados fracasos en lograr la reforma institucional de ampliación democrática tantas veces propuesta. El último intento, realizado a partir del grave problema cívico militar planteado por el difícil encarcelamiento del General Contreras, generó fuertes discrepancias con los socialistas, que ni siquiera fueron previamente consultados, y terminó en un nuevo fracaso aún en los aspectos puntuales que supuestamente parlamentarios de Renovación Nacional, estaban dispuestos a aceptar.

De menores repercusiones, pero también indicativo de mal manejo político, fue el bochornoso incidente del nombramiento de Massad al Banco Central, donde insólitamente tuvo que repetirse la propuesta después de un inesperado rechazo.

En todo caso, éstas y otras deficiencias no logran opacar la imagen del Gobierno en virtud de ese auge económico y desarticulación opositora a que se ha hecho referencia, lo cual explica la insistencia en la misma tendencia. Pero, además, habría que agregar que los partidos de la Concertación no están tampoco en condiciones de demandar una mayor presencia en el Gobierno. Por una parte, porque sienten su debilidad y prefieren beneficiarse del prestigio de un Gobierno que aparece como exitoso. Por otra parte, por los lazos de dependencia que los ata al aparato público. Finalmente, por los logros anteriores y la perspectiva de continuidad no cuestionada de la coalición de que forman parte, en todo lo cual también hay una cierta mitología de misión histórica.

En todo caso, habría que señalar, también, que en la combinación de tecnocracia y presidencialismo personalizado existe la típica contradicción entre liderazgo y burocracia tantas veces estudiada. Contradicción ésta que resulta difícil de equilibrar en momentos menos tranquilos que los actuales y que incluso en éstos requiere el tipo de movimientos compensatorios que son visibles en la continua reestructuración del entorno presidencial.

La estabilidad crónica de las fuerzas políticas

Pese a las características señaladas previamente, en el ámbito de los partidos políticos pareciera seguirse afianzando en 1996 una, al menos aparente, solidez del sistema de partidos.

En efecto, persisten las dos grandes coaliciones formadas en torno a las posiciones asumidas respecto al régimen militar y que cristalizaron en el SI y el NO al plebiscito de 1988. Es posible señalar que en el último año se han producido en el gobierno algunos acercamientos puntuales, especialmente con RN, como ocurrió con el fracasado intento de reforma institucional ensayada alrededor de una especie de ley de "punto final" a los juicios sobre violaciones a derechos humanos. Incluso con la Unión Demócrata Independiente, UDI, se han logrado delimitados acuerdos en materias presupuesta-rias. No obstante, la diferenciación entre Gobierno y Oposición ha sido bastante nítida. El Gobierno centra su discurso en el logro económico, mientras que la Oposición cada vez ataca más en términos de escándalos de corrupción y desorden.

Lo anterior es otra manera de dar cuenta del predominio de los problemas de administración por sobre las antiguas diferencias en términos de proyectos políticos de organización económico social.

Aunque las encuestas siguen presentando un bajo perfil de los partidos, las recientes elecciones municipales han mostrado que casi el 90% de los votos se reparte entre esas grandes coaliciones, sin que se vislumbre que esta situación pueda cambiar.

Pero esta aparente solidez de las coaliciones no ha estado privada de conflictos. Especialmente en la oposición es posible advertir un persistente fraccionamiento que sólo las exigencias electorales logran reducir mediante pactos unitarios. Como se sabe, tal fraccionamiento corresponde a distintas definiciones y perspectivas de los dos principales partidos de oposición: RN buscando constituir el gran partido de centroderecha autonomizado de la experiencia del General Pinochet; la UDI como heredero de éste y con menores concesiones al centro político y mayor purismo doctrinario.

Durante el año que se analiza, esta diferenciación partidaria mostró escandalosamente que también se relaciona con una mayor solidez institucional de la UDI respecto a RN. Este último partido sufrió una aguda crisis interna al producirse la rebeldía de siete parlamentarios que rechazaron con sus votos el acuerdo de la directiva de su partido con el Gobierno sobre el proyecto de reforma institucional. No obstante, tal crisis se manejó con cautela sin llegar a producir mayores rupturas. Lo que se dejó en evidencia es que es un partido con fuertes tendencias internas en las que su directiva sólo puede actuar por consenso. Esto le quita capacidad de iniciativa y, a la vez, debilita la posición de su presidente en su pretensión de obtener la candidatura de la oposición unida para las futuras elecciones de gobernante.

La situación vuelve a complicarse a la luz de los resultados de la reciente elección municipal. Dentro de la notable estabilidad de las fuerzas políticas,

Renovación Nacional resulta ser el partido que logra la mayor ganancia, acercándose al anhelado 20%. Sin embargo la UDI, que tuvo un crecimiento menor, logra colocar en la competencia presidencial a Lavín, que obtuvo casi el 80% de los votos en su reelección como alcalde, lo que resulta espectacular aunque sea en uno de los más fuertes bastiones de la derecha.

En estas condiciones, aunque las pretensiones presidenciales de Lavín, elegido por la comuna que concentra la clase alta del país, no resista el menor análisis, ellas vienen a plantear una nueva línea de diferencias entre RN y la UDI. Es posible que si se personalizan las opciones en términos de Allamand y Lavín, incluso la posibilidad de los pactos electorales puede verse afectada. Esto, naturalmente, llevaría a RN a nuevos ensayos de acercamiento a la Democracia Cristiana, si es que este partido no logra, a su vez, solucionar el problema de Lagos.

Mientras, y todavía a mucha distancia de la competencia por el Gobierno, el resultado electoral de la oposición es sólo satisfactorio en la medida que sigue siendo fuerte. Sin embargo, globalmente, si se le suman los votos que tenía la UCCP, aparece con un pequeño retroceso, lo que puede ser preocupante en las próximas elecciones parlamentarias, donde puede perder su poder de veto en el Congreso. En las circunstancias actuales, la ineficiencia de la acción política puede repercutir gravemente en las adhesiones partidarias, ya que el cálculo de intereses tiende a reemplazar las fidelidades doctrinarias.

Las "sensibilidades" de la Concertación

Aunque es distinta la situación de los partidos de la coalición gobernante, también aquí encontramos diferencias que durante 1996 han vuelto a plantearse y que seguramente en el futuro adquirirán mayor fuerza.

El hecho de estar en el poder hace extremadamente costoso el tipo de fragmentaciones que ocurren en la oposición. Sin embargo, no deja de existir la natural tensión entre la lógica coalicional, que minimiza las diferencias como garantía de una articulación exitosa, y la lógica de perfilamiento partidario, que está presente en la competencia por el liderazgo del conglomerado.

Durante el año que se analiza, aunque nunca estuvo en peligro la permanencia de la Concertación, hubo fuertes tensiones, especialmente entre la Democracia Cristiana y los socialistas. Estos últimos, que iniciaban el año con una directiva elegida por los sectores más de izquierda del partido, empiezan a tener problemas con el Gobierno desde que éste presenta el proyecto de ley para poner fin a los juicios militares por violación a derechos humanos. Tal proyecto, acordado con RN, no les fue consultado previamente y tocaba uno de los puntos delicados para los socialistas. Afortunadamente para la Concertación, los mayores problemas que se presentaron con la derecha restaron visibilidad a este conflicto al quedar todo pendiente. Sin embargo los socialistas seguirán marcando diferencias con sus demandas de justicia social más que sólo modernizaciones, en concordancia con lo cual aparecerán solidarizando con los trabajadores que enfrentan al Gobierno. En cambio, el Partido Por la Democracia, que

suele aparecer como compañero de ruta por compartir el liderazgo de Lagos, tenderá a tener siempre una actitud de mayor apoyo al Gobierno, buscando con esto una mayor imagen de centro. Los socialistas quedan así en una situación de aislamiento que modera bastante sus intentos diferenciadores.

Extrañamente, el mayor conflicto que se plantea entre socialistas y demócrata-cristianos ocurre por causas ajenas a la voluntad de las dirigencias partidarias, cuando los sindicalistas del Partido Socialista, rehúsan apoyar a la dirigente DC a la presidencia de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT, y reciben el apoyo de los comunistas para asumir la dirección de la central sindical. Las acusaciones de deslealtad y de romper la Concertación en el frente social que hicieron los demócrata-cristianos no lograron revertir la situación. Al fin y al cabo, la independencia partidaria del movimiento social es una de las banderas de la "modernización política" y no resultaba fácil pedir a un partido que ordenara la dirigencia social. No obstante fue un momento de bastante tensión en que la DC dejó planteada la poca confiabilidad de sus socios y, consecuentemente, lo difícil que sería que ellos apoyaran a un candidato socialista (Lagos) para el recambio de Frei. Al mismo tiempo, volvió a hablarse de la posibilidad de una apertura más a la derecha, lo que es la perpetua amenaza implícita de los demócrata-cristianos si se llega a una confrontación respecto de esa candidatura.

En realidad, más allá de las dificultades puntuales al interior de la Concertación, el problema de mayor relevancia pareciera plantearse en torno al problema de liderazgo de Lagos. Aunque todavía falta mucho para la elección presidencial, el persistente anuncio de los estudios de encuestas es que Lagos aparece como el líder indiscutido entre los políticos de la Concertación, sin que se vislumbre en la DC ninguno que pueda hacerle el peso. Esto tal vez explica que haya aparecido el débil rumor de que Frei pudiera imitar a otros presidentes latinoamericanos y emprender una reforma constitucional que posibilite su reelección. Nada hace todavía a este rumor muy probable, pero está claro que la DC no desea apoyar a Lagos y que no encuentra como detenerlo.

Para complicar aún más las cosas, los resultados de las recientes elecciones municipales nuevamente han acortado la distancia entre la DC y el eje PS-PPD que apoya a Lagos, puesto que aquellos perdieron tres puntos en su porcentaje y estos tuvieron un nuevo incremento. Además, el crecimiento de los radicales los coloca en situación de dirimir la mayoría en la Concertación, eliminando la indiscutida superioridad y el "mejor derecho" de la DC.

En general, puede sostenerse que los conflictos que se plantean al interior de la Concertación se basan preferentemente en cálculos pragmáticos de competencia partidaria. De la misma manera, la solidez de la coalición de partidos descansa en buena medida en una adecuación de intereses que impulsa a su mantención. En consecuencia, los límites de esta situación de intereses están condicionados por la fuerza de la oposición. Si ésta aumentara, la Concertación se haría más firme y podría también imaginarse diversas alternativas al respecto en función de la adecuación de intereses. Sin embargo, el carácter de los partidos todavía permanece en transición y persisten articulaciones de representatividad social que limitan el

supuesto libre juego de elección racional. Las discusiones al interior de la DC y entre PS y PPD no son simples cálculos pragmáticos, sino que corresponden a esas relaciones de representatividad que persisten.

En tales condiciones, la tendencia es a la mantención de la estabilidad y de las alianzas, puesto que hasta el directo cálculo de ganancias y pérdidas se hace difícil. Eso rige también para la oposición.

Finalmente, una rápida mirada a los resultados generales de la elección municipal permite corroborar la estrechez de los equilibrios. La comparación con las municipales de hace cuatro años atrás prácticamente no muestra ninguna diferencia significativa. Aunque las encuestas y los análisis tienden a considerar que la ciudadanía votó por personas y no por partidos, los resultados cuadran perfectamente con una alineación partidaria muy similar a la que se ha producido en otras elecciones políticas. Esto resultaría inexplicable si no se considerara que los partidos mantienen un firme control sobre las opciones en juego y, a la vez, existe una relación de representatividad social que reemerge después de la compensación de las diferencias personales de las candidaturas. No es tampoco casual que los partidos, al declarar sus expectativas para sus resultados electorales apostaran unánimemente por la estabilidad.

Cuadro N° 1
Expectativas y resultados electorales de las elecciones
municipales de 1992 y 1996, por partido
(Porcentajes)

Partido	Expectativa cada partido	Elección municipal 1996	Elección municipal 1992
DC	28,9	26,2	28,9
RN	18,0	18,5	13,4
UDI	11,4	13,0	10,2
Ind. derecha	-	-	6,0
PPD	12,7	11,8	9,2
PS	10,0	11,1	8,5
PRSD	6,5	6,5	5,3
PC	6,5	5,9	6,5
UCCP*	-	2,8	8,1
Otros	-	4,2	3,6

* La UCCP pronosticó una baja por haber sido marginados del pacto de derecha cuando ya habían desafiado a sus miembros que fueron como independientes en ese pacto.

Capítulo aparte merece el tema de la apatía política cuya tendencia es a aumentar. Esta vez, con cerca de un 10% que no se inscribió, un 12% de abstención y un porcentaje similar de nulos y blancos, se llegó a un tercio de potenciales votantes que

no eligieron. En todo caso, la obligatoriedad del voto y la fuerte amenaza de sanción permite suponer que el fenómeno de la apatía es mucho mayor. Naturalmente, el análisis del tema requeriría de un estudio especializado.

Algunas complicaciones de la tranquilidad social

Ya hace bastante tiempo que cesaron todos aquellos temores que se tenían de que el retorno a la democracia traería una fuerte activación de las demandas y movilizaciones firmemente reprimidas bajo el régimen militar. En la actualidad existe un acostumbramiento a la tranquilidad social, de manera que las alteraciones producidas durante 1996 llegan a producir una cierta preocupación, aunque nadie espera mayores problemas en el futuro próximo.

Al respecto, el auge económico sigue presentándose como el principal desactivador de presiones sociales. Con un crecimiento del producto, una inflación y un desempleo que giran alrededor del 6%, no es esperable un gran descontento social. Incluso el importante sector que está bajo la línea de pobreza y una generalizada mala distribución del ingreso tienden a ser atenuados por las posibilidades de aumentar el tiempo de trabajo o incorporar a un segundo miembro de la familia al mercado laboral. Al respecto, la transformación de la relación de trabajo, que tiende a sustituir la venta de horas de empleo por la venta de producto, es un importante factor en el generalizado aumento de la jornada laboral por persona. De la misma manera, la incorporación masiva de la mujer al trabajo remunerado significa también un aumento del ingreso familiar. Obviamente estas estrategias tienen límites naturales, pero en un primer momento tienen un gran impacto en términos de acceso al consumo.

Además del auge económico, hay otro elemento coyuntural que ayuda a mantener la tranquilidad social. Ello tiene que ver con la organización y voluntad de la acción colectiva que anteriormente desarrollaban precisamente los políticos que hoy están en el Gobierno, produciéndose una cierta orfandad de dirección en la protesta que no es fácilmente sustituida.

A estos factores coyunturales habría que agregar aquellos que se podrían denominar "estructurales" y que afectan en el largo plazo las condiciones de posibilidad de desarrollo de movilizaciones sociales. Por lo menos hay dos que parece necesario tener siempre presente: por una parte, se ha producido una profunda transformación social, que alteró las bases de sustentación de las antiguas identidades y movilizaciones, generándose condiciones de gran heterogeneidad social y atomicidad; por otra parte, la crisis político ideológica no ha sido superada, perdiendo su fuerza las utopías centradas en el trabajo, que le daban sentido de alternatividad a las movilizaciones sociales.

Ahora bien, si se atiende a las complicaciones que se han producido en la tranquilidad social durante 1996, es posible observar que están bastante vinculadas a ciertas debilidades en los factores coyunturales. En cuanto al auge económico, a pesar

de las estrategias paliativas señaladas, la mala distribución del ingreso se hace más visible para los sectores deteriorados precisamente en virtud de la muy publicitada bonanza de la economía nacional. En cuanto a la orfandad política del movimiento social hay dos tendencias de rectificación: una es el aumento de la presencia de los comunistas en las organizaciones sociales; la otra, el creciente carácter corporativo reivindicativo que adquieren.

De hecho, ya en 1995 se presencié cierta actividad en la reorganización social. Punto importante de esto fue el creciente corporativismo que se manifestó con claridad en la elección del Colegio Médico, donde se estructuró una directiva ajena a distinciones partidarias. A la vez, los comunistas obtenían importantes triunfos en el Colegio de Profesores y en la Federación de Estudiantes de Chile, FECH. Durante 1996 ha persistido esta tendencia, pudiéndose destacar que los comunistas vuelven a repetir su triunfo entre los estudiantes de la Universidad de Chile, aumentando fuertemente su votación y derrotando a la lista de la Concertación, que esta vez se presentó unida. Otro logro importante lo obtiene el Partido Comunista, en la elección de la CUT, donde son el único partido que sube su votación, aumentando de 9 a 13 sus representantes en el Consejo.

Estas debilidades en los factores coyunturales de tranquilidad social, se encuentran con las condiciones "estructurales" que se han señalado, produciéndose cierto aumento de la conflictividad social que algunos han interpretado en términos de "costos de la modernización". Sin embargo, los conflictos son más variados que esto, aunque suelen presentar el rasgo común de su referencia directa al Estado. Además, hay que considerar que el término "modernización" se usa con tan extensos significados que pierde valor explicativo.

Aunque difusos e interconectados, puede señalarse que los conflictos planteados en 1996 comprenden básicamente tres categorías: Una es por demanda de regulación estatal de protección para determinado sector: tal es el caso de los pescadores artesanales frente a la pesca industrial y de los agricultores frente a la competencia de amenaza por los acuerdos del Mercosur y otros problemas que se arrastran desde hace tiempo, y cuyo análisis en profundidad se puede encontrar en el artículo específico sobre el tema. Otro tipo de conflictos es el provocado por reestructuración estatal de directa o indirecta connotación privatizadora, como sucede en relación con los portuarios, la minería del carbón, universitarios y, en un cierto aspecto, la salud pública. Finalmente, hay claramente conflictos por distribución directamente ligados a demandas salariales que han involucrado a profesores, funcionarios de la salud, trabajadores municipales y que, en general, se plantean en relación con empleados fiscales.

De estos conflictos, los que han tenido mayor impacto por su carácter y masividad, han sido los de universitarios, profesores y funcionarios municipales y de salud. Como ya se señaló, salvo éste último que todavía está pendiente, en general tales movilizaciones han resultado exitosas frente al Gobierno. No obstante, también debe considerarse que la posibilidad de estos movimientos está dada porque precisamente aparecen como "residuos estructurales" de la situación anterior; son de los pocos sectores sociales que, por la homogeneidad de su posición social, su elevado número y

su referencia directa a un mismo contradictor, están en condiciones de generalizar y organizar sus intereses. Sólo hay otros pocos sectores que pueden estar en una situación similar y la tendencia es al debilitamiento.

En consecuencia, aunque se puede señalar que el año 1996 ha sido el de mayor intranquilidad social de la presente década, no parecieran existir condiciones para que tal intranquilidad social pueda aumentar. Incluso en los sectores sociales más postergados, aquellos definidos como pobreza, no existen mayores posibilidades de protesta, aún cuando muchos planteen inquietudes respecto cierta activación política si aparecieran liderazgos de corte populista. En realidad, de hecho sólo inciden en problemas de "seguridad ciudadana", sin que, por el momento, estén en condiciones de desarrollar un movimiento social y político.

El problema más general es que una tranquilidad social basada en el auge económico es una solidaridad de intereses sin el cemento de la legitimidad.